

# Como un reloj

–¿Señora Featherstone?

Llamó de nuevo a la puerta, mientras hacía malabares con los objetos en sus brazos y trataba de no dejar caer nada mientras se estiraba hacia el picaporte.

–Señora Featherstone, entro...

–Ya era hora de que llegases, Rosey. –La voz de la anciana era brusca, pero saludó a su invitada con una sonrisa–. ¡Llegas tarde!

El reloj de pie junto a la puerta comenzó a repicar nada más cerró la puerta tras ella, y Rosey no pudo evitar sonreír.

–Su reloj dice que llego a la hora.

–Bah. Esa maldita cosa nunca va bien. Siempre se retrasa quince minutos.

La anciana agitó una mano desdeñosa, luego hizo un gesto de dolor y se frotó la muñeca con cuidado. Rosey frunció el ceño preocupada mientras dejaba sus cosas de limpieza sobre una encimera cercana.

–¿Molesta mucho hoy?

–Es el cambio de tiempo. –La señora Featherstone suspiró, flexionó los dedos con cuidado mientras hacía una mueca. Hacía mucho que la artritis había convertido sus antaño ágiles dedos en cosas reforcidas: poco fiables y a menudo doloridas–. Siempre me lo pone peor.

Rosey vio cómo se sentaba con cuidado en su viejo sillón, mientras miraba miserablemente sus traicioneras manos. Siempre le partía el corazón. Recordaba ver a su vieja amiga trasteando en el candorosamente abarrotado taller de su sótano, arreglando, modificando o construyendo hábilmente toda clase de delicadas esculturas y maquinaria intrincada. La relojería siempre había sido lo que más había gustado a la Nocker, pero conforme sus manos la fueron traicionando poco a poco, perdió su conexión con el Ensueño. Su pelo, largo y totalmente blanco, se correspondía ahora con su viejo Semblante Feérico, pero ahora era todo lo que quedaba de ella.

–Lo siento, señora Featherstone. –Terminó de dejar su equipo, tomó una pequeña botella de loción medicinal y cruzó la sala hasta el sillón–. ¿Qué requiere más mi atención hoy?

–Siempre te digo que no me llames así.

–Betty. –Rosey se corrigió con una sonrisa mientras frotaba gentilmente la crema en las manos de la anciana–. ¿La rutina habitual?

–Si crees que puedes realmente limpiar algo hoy. Siempre encuentro algo que se te pasó por alto. La sonrisa de la Boggan se tornó un poco burlona.

–Haré lo que pueda.

Betty resopló, masculló algunas dudas salpicadas de improperios por lo bajo mientras Rosey le echaba una manta sobre el regazo. Era un viejo intercambio entre ellas desde hacía años, y

era reconfortante por lo familiar. La anciana tenía una forma peculiar de pedirle que volviera cada semana, pero eso era realmente todo lo que significaban sus quejas.

—¿Vas a parlotear sobre tus historietillas fantásticas como siempre?

Poniéndose alegremente a quitar el polvo y encerar los muebles, Rosey pensó en todos los tejemanejes recientes en la corte local; antaño una forma de poner al día de forma semanal a la solitaria Nocker, ahora había quedado relegada a historias fantásticas.

—Sólo si usted quiere oírlas.

Mascullando de nuevo, aborreciendo admitir jamás que estaba interesada, Betty siguió estudiando sus manos. Bajo su arrugado ceño, sin embargo, sus ojos brillaban con ávida anticipación; Rosey siempre tenía las mejores historias. Sonriendo para sí, la Boggan compartió alegremente los últimos chismorreos, siempre feliz de tener una audiencia que apreciase las novedades más jugosas. Betty ya no hacía las mismas preguntas, pero la pinchaba igual, aficionada a curiosear cualquier detalle y analizarlo todo. Su cuerpo había comenzado a traicionarla, pero la mente de la anciana (y su lengua, de hecho) seguía siendo tan afilada como siempre.

—No sé de dónde sacas todos estos sinsentidos —dijo con un suspiro cuando Rosey terminó—. Nunca he tenido cabeza para esas historias.

—Cuido de mucha gente. Supongo que eso ayuda. Y tengo mucho tiempo para pensar mientras trabajo, dado que a la mayoría de la gente no le gusta hablar con la señora de la limpieza. Realmente, ni siquiera me ven, pero eso hace mi trabajo más fácil.

—La mayoría de la gente es una maleducada de cojones y me puede besar el culo.

Rosey no pudo más que sonreír ante eso. A Betty le costaba abrirse y mostrar algo de aprecio claramente, pero no era difícil percibir la emoción tras sus palabras. Se quedaron en un cómodo silencio poco después, el zumbido de la radio daba a Rosey algo que tararear mientras trabajaba y pasaba del salón al vestíbulo. Se detuvo en la puerta del sótano, demorándose mientras quitaba el polvo al marco y lustraba el picaporte. Al final siguió adelante, a las habitaciones al final del vestíbulo, deteniéndose sólo cuando llegó a una que estaba ocupada.

—¡Hola, señor Featherstone!

Churl Featherstone giró su silla y se retiró las gafas al tiempo que ella cantaba su saludo. Él la miró con una sonrisa agrisada mientras se levantaba su habitual sombrero rojo y se peinaba lo que quedaba de su pelo antes de colocarse las gafas en la frente. La había intimidado la primera vez que se encontraron, pero pronto ella aprendió que era un miembro de la Corte Luminosa, algo poco común para su Linaje, y más agradable de lo que ella había esperado.

—¿Cómo estás hoy, Rosey?

—Tan bien como siempre. Sorprendida de que no saliera hoy a saludarme cuando entré.

Él ofreció su propia sonrisa afable, aunque llena de dientes.

—Decidí dejarte tranquila y que pudieras trabajar rápido. Sabía que terminarías aquí al final.

—Lo aprecio. ¿Quiere que haga algo aquí?

El viejo Redcap echó un vistazo a su oficina y se encogió de hombros.

—No, no mucho. Sabes que no me importa ordenar cuando acabo.

Le indicó que entrase e hizo un gesto con la cabeza para que cerrase la puerta, que se cerró sin apenas un chasquido y ella se sentó en la otra silla.

—¿Cómo ha estado yendo?

Él se pellizcó el puente de la nariz y suspiró.

—Ha pasado mucho ahora que me he... aclimatado. Hay tantas cosas tuyas que siguen siendo iguales y eso es... reconfortante, en cierto sentido.

—Sin duda, tiene el mismo temperamento que solía tener.

Había orgullo en sus ojos cuando sonrió, mirando en dirección al salón donde estaba sentada Betty.



–Siempre una Rebelde, Elizabeth. Nunca se le agotaba la energía, ni siquiera ahora. Siempre está investigando algo.

–¡Eso es bueno!

Él asintió de nuevo, luego se volvió a una cajita en su escritorio.

–Tengo algo para ti, sé que es difícil venir y exponerte a, bueno, lo que ha pasado.

–No necesita...

–No, no necesito hacerlo, pero quiero agradeceréte de todas formas.

Le ofreció un pequeño paquete envuelto en una suave tela negra, pesado para su tamaño y frío incluso a través de la tela. Al desenvolverlo, encontró un colibrí de filigrana dorada, los huecos del metal exterior mostraban los complejos mecanismos de relojería en su interior.

–Es lo último que terminó –dijo, mientras ella lo admiraba–. Creo que deberías tenerlo. Vuela, pero podría ser mejor no encenderlo aquí.

–Señor, Featherstone. No... No puedo aceptarlo...

–Es un regalo, no un pago. Ella querría que lo tuvieras. –Su voz era amable pero firme–. Quería que cantase, pero se enfadó y lo desechó cuando se dio cuenta de que no estaba hecho para ser un pájaro cantor.

Ella acarició las delicadas alas del pájaro, sin poder hablar. Un poco de Glamour y no tenía duda de que volaría igual que uno vivo, pero él tenía razón; mejor no hacerlo aquí.

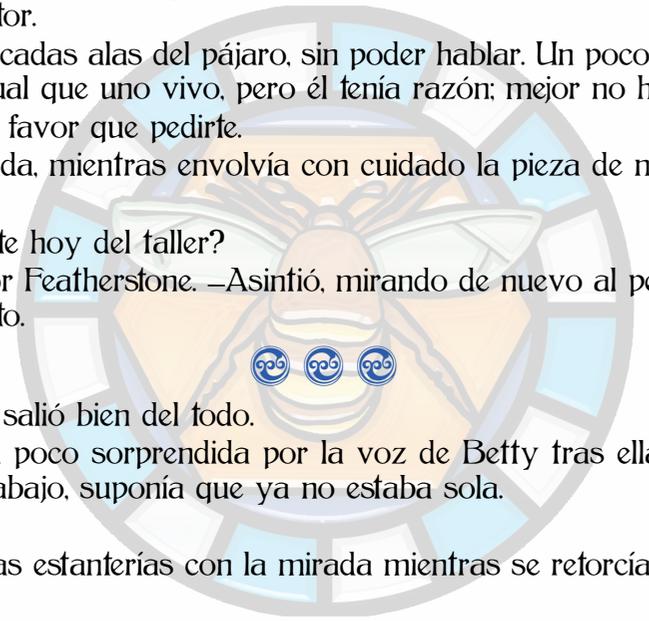
–También tengo un favor que pedirte.

Ella levantó la mirada, mientras envolvía con cuidado la pieza de nuevo.

–¿Sí?

–¿Podrías encargarte hoy del taller?

–Por supuesto, señor Featherstone. –Asintió, mirando de nuevo al pequeño paquete–. No es un problema en absoluto.



–...Ninguna de ellas salió bien del todo.

Rosey se volvió, un poco sorprendida por la voz de Betty tras ella, pero viendo cómo se había ralentizado su trabajo, suponía que ya no estaba sola.

–¿Qué?

La anciana revisó las estanterías con la mirada mientras se retorcía las manos tanto como éstas se lo permitían.

–Todas ellas, siempre había algo... el grano no encajaba del todo, o una soldadura ensuciaba todo. No lo suficiente para no funcionar, sencillamente... Nunca estaban bien del todo.

Rosey observó cómo Betty revisaba las estanterías de su taller como si las estuviera viendo por primera vez y buscara significado a algo que una vez lo había tenido y perdido. Para los ojos de la changeling, algunas de las esculturas y chucherías aún brillaban tenuemente con el Glamour que se les había infundido cuando Betty las creó; alas de telaraña aleteaban genfilmente sin una fuente de energía, esferas de reloj salpicadas de magia, fuentes en miniatura que funcionaban eternamente sin que nunca hubiera que rellenarlas. Consideró un par de veces volver a encantar a la Nocker de nuevo, pero en su corazón sabía que nunca funcionaría. En cualquier caso, ver a su amiga buscar la magia que una vez había conjurado con tanta facilidad devolvió la idea a su mente.

–Son tan adorables, de todas formas.

–No sé por qué las hice. Nunca quise vender nada, nunca quise vivir de ello. Supongo que sólo quería hacerlas.



–Somos lo que nos hace felices. –Rosey sonrió sosteniendo su trapo para pasar el polvo–. A mí me gusta limpiar, a usted construir. ¿Recuerda lo que me dijo una vez? Son como puzles en movimiento, sólo hay que escuchar a las piezas cuando te dicen dónde encajarlas.

Le sorprendió ver una lágrima deslizarse por el rabillo del ojo de Betty cuando la mujer asintió, sus labios eran una fina línea. Volvió a mirar sus manos y habló con voz queda.

–Nunca pensé que dejarían de hablar.

Antes de que Rosey pudiera responder, la vieja Nocker levantó la cabeza y resopló, ignorando tercamente la lágrima. Con la espalda de nuevo tiesa, se volvió hacia las escaleras.

–No sirve de nada darle más vueltas. No se puede hacer mucho de todas formas. Termina aquí abajo y vuelve arriba, no has tocado siquiera el comedor.

Se marchó sin decir ni una palabra más, dejando que la Boggan terminase de pasar el trapo y limpiar sola.



–¿Has terminado ya?

Rosey ofreció una sonrisa radiante mientras terminaba de guardar sus últimas cosas.

–Acabo de terminar de recoger. ¿Hay algo que se me haya olvidado, antes de que me vaya?

–Estoy segura de que encontraré algo mañana –se quejó Betty, mirando a la habitación con una sonrisa satisfecha.

–Entonces me encargaré de ello la semana que viene –respondió Rosey, riéndose suavemente y recogiendo sus cosas.

Betty la acompañó a la puerta; estaba cambiando su peso de un pie a otro con aspecto incómodo. Rosey se detuvo, esperando a ver qué más quería decir; sabía que incitarla sólo arruinaría el momento. Al final habló dirigiéndose al suelo.

–No pretendía resultar... incómoda antes. En el sótano.

–Nunca podría hacerme sentir incómoda, señora Featherstone. Betty.

–No me gusta todo este asunto de envejecer. Hace que todo duela o se vuelva nebuloso. No envejezcas, muchacha, no vale la pena.

–Haré lo que pueda –dijo sonriendo gentilmente–. Me gusta pensar que mirar atrás hace que no sea tan malo.

La mujer puso los ojos en blanco al tiempo que volvía un poco a su viejo ser con una burla.

–Nunca entenderé a la gente sentimental como tú. Como tú y mi marido.

–Alguien tiene que ser lo bastante paciente para aguantar a gente como usted.

Betty pareció sorprendida por un momento, antes de que su cara dibujase una inmensa sonrisa y dejase escapar una carcajada.

–¡Nunca pensé que llegaría a ver este día! ¡Lo estás pillando! –Se sujetó al marco de la puerta para calmarse–. Aún te lo pegaré. Serás como yo cuando tengas mi edad.

–Lo consideraré un honor.

El reloj junto a la puerta volvió a repicar y Rosey recogió apresuradamente sus cosas mientras Betty sacudía la cabeza.

–Llegas tarde y te vas tarde. Al menos sé que dedicas todo el tiempo debido, en lugar de robarme parte. –Entornó los ojos para mirar el reloj de pie mientras tocaba el lateral de la hermosa estructura–. Quizás no sea preciso, pero al menos es de fiar. Sólo desearía que esta maldita cosa fuera a la hora.

Rosey no pudo evitar sonreír ante la vieja rutina.

–Yo creo que es perfecto tal y como es.